

Los Desafíos actuales de la Historia

- Edda O. Samudio A. ¹

¹ Profesora Titular, PHD, Historiadora, Dra en Filosofía con mención en Geografía Histórica, Coordinadora de la Comisión de Evaluación y Acreditación del Consejo de Estudios de Postgrado de la Universidad de Los Andes, Miembro del PPI en el Nivel IV. Miembro de la Cátedra Interdisciplinaria de Historia de la OEI. Miembro de la Comisión editora de AHILA, e-mail: edda.samudio@gmail.com.

Me siento sumamente complacida de compartir con ustedes, amigos colegas y profesionales cursante del Doctorado en Ciencias Humanas, el inicio de estas jornadas de reflexión que en mi caso lo haré sobre los desafíos actuales de la historia, gracias a la honrosa invitación de la doctora Luz Parga.

Vivimos un tiempo de cambio persistente y vertiginoso, tiempo y tiempos que nos llevan a considerar el afán de conocer el pasado. En este proceso los fines de los historiadores y los alcances de su labor se han ido transformando; tiempo y tiempos que nos llevan a considerar el rol que desempeña la Historia, ciencia consolidada con su metodología y naturaleza propia y los desafíos que nuestra disciplina enfrenta.

Los pueblos fraguan la historia. Un pueblo, una sociedad y en general la humanidad entera, se constituyen en objeto de la historia. No existe un acontecimiento que a través de los tiempos prescinda del ser humano. El y ella, como actores fundamentales, son por esencia sujeto de la historia, unas veces como individuo y otras como colectivo; en unos momentos como sujeto generador de los acontecimientos y, en otros, como objeto de los mismos.

Haciendo un brevísimo recuento de la historiografía, disciplina reciente, que se ocupa del tipo de conocimiento que produce la ciencia histórica, recordamos que fueron los pueblos antiguos del Cercano Oriente los primeros que tuvieron un legado escrito de su existencia. Sin embargo, ellos no escribieron una historia ubicada más allá de su contexto, y se limitaron a consignar listas de reyes y apuntar algunos acontecimientos. En el mundo Helénico surge una historia con visión universal, influida por la mitología y la tradición oral poética, lo cual no significa que haya carecido de racionalidad. Allí encontramos a Herodoto, quien en el siglo V a. C. fue el primero en concebir la Historia como una continuación cronológica de acontecimientos, en la cual se resalta, no la gesta de grandes héroes, sino, principalmente, la actuación histórica de hombres como él que protagonizaban los hechos. Una de sus características fue la búsqueda de causas que explicaran los acontecimientos, en los cuales siempre estuvo la presencia de la divinidad, motivadora de los actos humanos¹.

A él se sumó Tucídides que introduce la crítica a las fuentes, aunque su contribución más importante fue la de proscribir la divinidad, sustituyéndola por la razón política, creando así la historia política, según la cual, "todo se agota en la razón humana". Tucídides se muestra opuesto a Herodoto: realista, racionalista y escéptico². Su obra se ha mantenido por 2500 años, y se le reconoce en la actualidad como el iniciador de un método para analizar la actuación política de los Estados en sus confrontaciones violentas, introduciéndose en las profundidades del fenómeno político del poder imperial y del hecho revolucionario; es lo que Alsina llama "la patología del cuerpo social"³. Puede decirse que con Tucídides decae la historiografía griega. Sin embargo, hubo otros historiadores como Jenofonte, actor en las luchas civiles persas que le sirvieron para escribir Anábasis, una especie de diario militar, o reporte de guerra con un estilo autobiográfico muy cercano a la épica⁴. Finalmente, Polibio, quien escribió acerca del triunfo político de Roma, confiriéndole a su texto categoría de historia universal, cosa que pretende alcanzar, a través de un encadenamiento de las historias locales, hasta conformar una historia única. Desde un principio, muy atraído por el poderío romano⁵, encuadra su obra en la triple dimensión del cómo, cuándo y por qué ocurren los hechos históricos; dice al respecto que es misión del historiador descubrir esta realidad histórica y explicarla⁶.

Entre los romanos, pueblo de espíritu práctico, rutinario y reverente, el cultivo de la historia pasó a constituir un instrumento público y de exaltación política, como el legado de Julio César. El historiador Tito Livio escribió su Historia de Roma, al tiempo que mantenía una relación muy estrecha con el Emperador Augusto. Esto originó que algunos autores contemporáneos hayan observado un propósito sustentador o legitimador del poder imperial, pero también debe señalarse que allí existen críticas hacia el imperio y sus gobernantes, lo cual contradice esas afirmaciones⁷. No obstante, algunos pasajes como la "etapa arcaica" o antigua de su Historia carecen de solidez por no haber tenido suficiente información, sobre la cual elaborar un discurso con "verdades referenciales" que le hubieran dado mayor fortaleza a su obra⁸.

En el Medioevo, el cristianismo ejerce gran influencia sobre la historia al introducir su concepto de universalidad que proviene de la circunstancia de que el sino divino abarca a toda la humanidad. En ese escenario, destaca la figura de San Agustín, quien en búsqueda del sentido histórico, estampó a los hombres de su época la dualidad entre la ciudad terrena y la Ciudad de Dios. En su Obra Civitas Dei elaboró una sólida apología del cristianismo para condenar la situación pagana de la humanidad. Así, expuso una interpretación teológica de la historia⁹. Dios es concebido como ser infinito y poderoso, comparado con la fragilidad del hombre, expuesto a la acción del medio natural, y, principalmente, a merced de su débil constitución espiritual; siempre bajo riesgo de sucumbir a las tentaciones del pecado, la culpa y la muerte. Frente a este hombre se levanta la figura de Dios, ubicada en un plano de superioridad y dominio absoluto, tanto de la naturaleza como del destino histórico del hombre universal.

La historiografía medieval se define en forma de relato de hechos ordenados cronológicamente, en los que estuvo frecuentemente presente la participación de lo providencial en el orden natural. Pero es con las cruzadas cuando vuelve a aparecer la gran historia concebida como género literario y entre sus cultivadores estuvo Alfonso X con la Estoria de España, conocida por Menéndez Pidal como la Primera crónica de España. Allí se relatan acontecimientos históricos regidos por una visión teológica y universal de la historia, matizada con narraciones míticas y legendarias¹⁰; también se incluye la crónica de sucesos relacionados con la vida en la Corte, miembros del clero y de la nobleza, así como sucesos familiares, acciones militares y hechos políticos¹¹. En este mismo escenario de la Edad Media surgió la figura del cronista bajo el mecenazgo Real, quien proporcionó relatos de personajes de la época que escribían en latín, pero que sin grandes pretensiones también lo hacían en las lenguas romances locales¹².

Con el arribo del Renacimiento (s. XVI y XVII), el saber se acerca a la rigurosidad científica con el surgimiento del espíritu crítico. En Historia se reconoce al italiano Lorenzo Valla como su iniciador. Uno de sus aportes fue la Historia de Fernando de Aragón, una creación historiográfica italiana muy fructífera a partir del siglo XV en Florencia, aunque todavía muy supeditada a las exigencias estilísticas por encima del afán científico¹³. En esta obra, Valla se aleja de la historiografía áulica y presenta un personaje real, con virtudes, pero también con defectos¹⁴. Con este propósito recurre al dramatismo de los personajes e inserta diálogos, discursos y reflexiones particulares que interesan y conmueven al lector¹⁵. Valla también

1 José Alsina. Introducción, en Paul Petit: Historia de la antigüedad, Labor Universitaria, Barcelona, España, 1976, p. 3.

2 Ídem. También el Estudio Preliminar de Edmundo O'Gorman, en Tucídides: Guerra del Peloponeso, Biblioteca Clásicos Grecolatinos, versión digital, 2007, p. 16 y ss.

3 Alsina citado por Juan Carlos Iglesias Zoido: El legado de Tucídides en la cultura occidental. Centro de Estudios Clásicos y Humanistas de la Universidad de Coímbra, Coímbra, Portugal, 2011, p. 9.

4 Carlos Varias (editor): Jenofonte. Anábasis, ediciones Cátedra, Madrid, 1999, pp. 15-16.

5 Alberto Díaz Tejera: Polibio, hoy. Cuadernos de la Fundación Pastor, n° 29, 1982, p. 156.

6 Alberto Díaz Tejera: La constitución política en cuanto causa suprema en la historiografía de Polibio, Habis, n° 1, 1970, p. 34.

7 Antonio Fontán. El griego de Tito Livio, Estudios Clásicos, t. 26, n° 88, 1984, p. 311.

8 Jesús Bartolomé Gómez: Discurso del autor y discurso de los personajes: el origen de Servio Tulio, según el relato de Tito Livio, Estudios Clásicos, t. 37, n° 108, 1995, p. 94-95. Consciente de esta debilidad, Gómez afirma que con respecto a este período, Tito Livio no creía en la fortaleza de su obra, "tampoco intenta hacer creíble lo que narra, dado que para su público resultaría difícilmente aceptable dicha pretensión" (p. 95).

9 Tomás A. Chuaqui: La Ciudad de Dios de San Agustín de Hipona: selección de textos políticos. Estudios Públicos, n° 99, 2005, p. 279.

10 Acerca de estos mitos y leyendas en la obra de Alfonso X, ver Francisco Javier Díez de Revenga: Narraciones y leyendas en la obra de Alfonso X El Sabio, Estudios Románicos, vol. 11, 1999. También Irene Salvo García: El mito de Icaro en la General estoria de Alfonso X, Memorabilia, n° 14, 2012.

11 Alfonso El Sabio: Las cuatro partes enteras de la crónica de España, Agustín de Paz y Juan Ricardo (impresores) a expensas del varón Juan Spinola, Zamora, España, 1541.

12 María Isabel Yagüe Ferrer: Una extensa historia para un breve reinado: Gesta Ferdinandi Regis Aragonum, del humanista italiano Lorenzo Valla, Aragón en la Edad Media, n° 8, 1983, p. 704.

13 Ibídem, pp. 704-705.

14 Ibídem, p. 707.

15 Ídem. Un trabajo interesante acerca de la producción intelectual de Lorenzo Valla, relacionado con retórica, elocuencia y dialéctica, es el de Manuel Mañas Núñez: Retórica y dialéctica en Lorenzo Valla. Anuario de estudios filológicos, vol. 20, 1997.

escribió unos comentarios al Nuevo Testamento, que se constituyó en la base de la crítica textual de humanistas posteriores como Erasmo de Róterdam, y los llevó a editar textos de las sagradas escrituras como obras clásicas. Con estos y otros aportes, la crítica histórica se vio beneficiada por las evidencias que se manejaron en la discusión religiosa, consentida por la Reforma; además, recibió la influencia de los hallazgos arqueológicos de la antigüedad clásica, de los eruditos bizantinos que huían de los turcos, así como de los descubrimientos geográficos que permitió el contacto con sujetos de otras latitudes. Todo contribuyó a una nueva concepción del hombre y las sociedades y a su vez, a la configuración de la Erudición.

Hombres de este tiempo fueron Nicolás Maquiavelo (1468-1527), más político que historiador, pero quien concebía la historia como la maestra de la vida y de la cual se aprendía mucho en las actitudes y en la conducta política. De hecho, a lo largo de su obra más importante, *El Príncipe*, donde utiliza el método histórico de apelar a hechos históricos para apoyar y justificar sus planteamientos¹⁶. Un seguidor del método empleado por Maquiavelo fue el florentino Francisco Guicciardini (1483-1540, autor de la *Historia de Florencia*¹⁷. El cronista de la corona de Aragón, Gerónimo Zurita (1512-1580), escribió dos importantes libros para la historia de España: *Anales de la Corona de Aragón* y la *Historia del Rey don Fernando el Católico*¹⁸. En ambos se ajustó a una secuencia cronológica precisa y a una descripción histórica rigurosa, matizada con comentarios analíticos de algunos hechos y situaciones. Tomó distancia de las fuentes tradicionales no confiables: mitos urbanos, rumores, dichos, prejuicios y creencias populares, de lo cual era aficionado un número importante de escritores y cronistas españoles; utilizó pocas obras de la época, pero sí una rica documentación original, depositados en archivos públicos y privados.

En este mismo tiempo toman impulso las disciplinas auxiliares de la Historia como la Diplomática y la Paleografía, definitivamente establecidas en el siglo XVIII. Los historiadores de esta centuria, influidos por los filósofos (pensadores que invalidaban la labor erudita por considerarla diletante y no confiable), buscaban una Historia Total que se adaptara al sentido de sus grandes líneas. Así, a partir de ese siglo, la historia tuvo un desenvolvimiento similar al pensamiento filosófico, al racionalismo de los ilustrados, transformados luego en idealismo romántico; después empirismo liberal, materialismo histórico, etc. Es el tiempo de Voltaire (1694-1778), del italiano Vico (1688-1744), del alemán Herder (1744-1803), y, posteriormente de Fichte (1762-1814), uno de los primeros pensadores del racionalismo alemán. Todos estos pensadores y otros que no se mencionan, fundaron sus reflexiones y escribieron gran parte de sus obras, apoyándose en lecciones originales del saber histórico¹⁹.

Por cierto, el discurso de la historia anterior a la Ilustración correspondía al campo de lo que hoy conocemos como literatura. La historia hasta ese entonces fue un género literario relativamente extraño a criterios de verificación. A medida que fue despojándose de su manifestación literaria fue expresando su carácter sistemático. La disertación histórica, apoyada en criterios de autenticidad y ética, fue robusteciéndose lentamente a finales del XVIII e inicios del XIX, siglo en que se concreta la historia como actividad científica. Así, la historia con ambición de cientificidad es un producto de la modernidad, y, específicamente, surge de la nueva experiencia del tiempo, con una dimensión social y humana. No obstante, hemos comprobado hasta aquí que la sistematicidad de la historia ha sido un largo proceso, en el que gradualmente la disciplina se acerca a su carácter de actividad científica, apoyada en los aportes de otras especialidades.

La creciente preocupación reflexiva de la historia le otorga un orden epistemológico que comienza a manifestarse con fuerza en la segunda mitad del siglo XVIII. Se transforma en metodología en el siglo siguiente a través del positivismo, para el cual no hay discernimiento que permita juzgar el conocimiento de la ciencia porque ella es conocimiento puro. Conforme a este criterio, no hay cabida para la crítica a la racionalidad científica, pues se trata de un saber utilitario que se constituye como la única realidad. Ya para 1783, el precursor del positivismo, Henri de Saint-Simón, expresaba su necesidad de “Hacer un trabajo científico y útil a la humanidad”. De esta manera, establecía un punto de inflexión, clave para el pensamiento social: “de la metafísica a la ciencia”. Así, rechaza el “orden divino” y el “orden natural” y enuncia el principio de que “las relaciones sociales deben ser consideradas como fenómenos fisiológicos”, y que la organización social “debe tratarse (...) con el mismo método que cualquier otro problema científico”²⁰. Fue así como todo el pensamiento de Saint-Simón creó una “sociología embrionaria”, pero también “una teoría embrionaria de la historia” que se proyectó hasta Oswald Spengler. Para los positivistas como Augusto Comte, la Historia Científica, ahora es Física Social²¹.

Así, en lugar de considerarse a la historia como una sucesión de hechos y acontecimientos independientes (maneras particulares de acción en la sociedad moderna), comenzó a ser valorada como un instrumento con capacidad para examinar científicamente la sociedad, descubrir sus leyes y establecer métodos de control social. De esa manera, los positivistas intentaron aplicar al estudio de los hechos históricos, el mismo método científico que se aplicaba en la ciencia natural. Este carácter le otorgó a la historia mayor valor del que ya tenía, pues, ahora su nueva condición la ubicaba como especialidad madura para analizar hechos pasados, capaces de ser comprobados empíricamente. Se afirma que esta certeza con la que ahora se justifica la disciplina, sólo es posible porque la modernidad convirtió al pasado en objeto sistemático de estudio. Y este modo de operar el positivismo en la historia, fue una corriente que se prolongó hasta muy entrado el siglo XX.

Pero el positivismo tenía un fuerte competidor: el marxismo. La teoría marxista aplicada a la historia parte del principio de cada época está regida por un modo de producción: la sociedad antigua por el modo de producción esclavista, la medieval por el feudal y la sociedad moderna por el capitalismo²². El paso de un modo a otro se produce cuando las fuerzas productivas se vuelven antagónicas con las relaciones de producción, originándose un proceso de lucha de clases sociales que culmina con el establecimiento de un nuevo modo y unas nuevas relaciones de producción. En el capitalismo el motor que mueve la historia es la lucha de clases, porque los trabajadores necesitan liberarse de la explotación que los capitalistas hacen de su trabajo, obteniendo una plusvalía que los coloca en posesión de controlar la economía y la sociedad entera.

Después de la Segunda Guerra Mundial, las ciencias en general y la historia de manera particular, dejan de ser incuestionables porque en nuestro caso, la noción de hecho en la que se fundamentó el conocimiento del pasado, se desmoronó. Se aclaró que el hecho no es algo suministrado sino construido en función del tema que se investiga, conformado en función del lugar desde donde se escribe la historia.

Consecuentemente, en los últimos cincuenta años se produjo una gran conmoción de nuestra ciencia que la diferenció de las formas historiográficas transitadas, la que dio origen a la “Nueva Historia” caracterizada por una manera diferente de organizar el material. Entonces, los trabajos históricos abandonaron la narrativa y pasaron a ser analíticos. La “Nueva Historia” sustituyó las viejas preguntas del qué y el cómo que implicaban una forma de descripción, por el por qué ocurrieron los hechos, de qué manera sucedieron y cuáles fueron sus consecuencias. Esto implicaba que el análisis sustituye a la descripción, mientras que la explicación y la interpretación, suplantaban a la simple comprensión. Asimismo, ella toma en cuenta problemas diferentes en áreas de actividad que tienen que ver con la relación hombre-sociedad en el pasado, tales como el cimiento cultural de la existencia humana, los ciclos y niveles tecnológicos, los sistemas de producción y distribución

16 Una alegoría relacionada con la necesidad que tiene el Príncipe de conocer a la gente y acudir a la historia, se halla en la Dedicatoria a Lorenzo El Magnífico, hijo de Pedro de Medici: “Los pintores que van a dibujar un paisaje deben estar en las montañas, para que los valles se descubran a sus miradas de un modo claro, distinto, completo y perfecto”. Nicolás Maquiavelo. *El Príncipe*, (Comentado por Napoleón Bonaparte), Colección Mundial Rueda, Buenos Aires, 1968, p. 10.

17 Enciclopedia Británica, MENCICLOPAEDIA BRITÁNICA, INC, edición aniversario de los 200 años, USA, vol. 10, 1971, p. 1009.

18 Las ediciones citadas se corresponden de la manera siguiente: Gerónimo Zurita. *Anales de la Corona de Aragón*, Pedro Bernuz impresor, Zaragoza, España, 1612. *Historia del Rey Don Hernando El Católico*, Domingo de Portonarijs y Ursino (impresor), Zaragoza, España, 1580.

19 Ver al respecto Jean Touchard: *Historia de las ideas políticas*, Tecnos, Madrid, 1970, p. 313, 315, 380 y 383.

20 Todo lo entrecorrido en este párrafo fue tomado del historiador inglés Edward Hallett Carr: *Estudios sobre la revolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1970, pp. 10-11.

21 *Ibidem*, p. 11. Respecto a la Historia como Física Social, ver también Pierre Arnaud: *Sociología de Comte*, Península, Barcelona, España, 1971, pp. 22-24.

22 Al respecto véase la obra de: Carlos Marx: *El Capital*, 3 volúmenes, Contribución a la crítica de la economía política, 1859 y *La ideología alemana*

económica, la acumulación de capital, la distribución de la renta, al igual que el crecimiento económico, entre otros.

Otra área comprende el vasto campo de la historia social que se ocupa de toda una serie de instituciones que subyacen debajo del nivel de las reconocidas en el Estado. La última de estas áreas de actividad consiste en una nueva variedad de Historia Sociocultural, la que tiene que ver con la repercusión de los medios masivos de comunicación sobre la opinión pública.

Otra característica de la Nueva Historia es la de una temática distinta caracterizada por ocuparse de las multitudes, de las mayorías, dejando atrás las elites, herederas del poder político y religioso, ostentadoras de los máximos privilegios sociales, acumuladoras de riqueza y consumidoras exclusivas de la alta cultura. Así, atrás quedó la vieja historia historizante, acontecimental, cimentada en el narración de las vicisitudes de individuos y de los grupos elitistas considerados como protagonistas de la historia; y ese cambio de protagonismo implicó el desarrollo de una metodología apropiada al nuevo contexto, para lo cual apeló a otras disciplinas de las ciencias sociales: antropología, sociología, psicología, entre otras. También el reto de esta Nueva Historia fue más allá de la reconstrucción de la experiencia económica y social, pues incluyó la estructura mental en lo que se conoce como Historia de las mentalidades, desarrollada por el historiador medievalista francés, Jacques Le Goff²³ y otros; además, la Historia oral, toma en cuenta valores y concepciones del mundo de sociedades sin registro, pero que han dejado una huella acerca de sus posiciones, pensamientos, afectos y sentimientos.

Consecuente con lo expuesto, se debe mencionar a Marc Bloch (1886-1944), quien junto con Lucien Febvre (1878-1956), establecieron las bases para una nueva concepción de la historia, revalorándola como disciplina de las Ciencias Sociales, a la vez que consolidaron los cimientos para la moderna investigación histórica, convirtiéndola en un saber que, como ciencia debe guiar nuestra acción²⁴.

Ese héroe de la Resistencia Francesa, quien después de torturado fue ejecutado por los nazis en 1944, nos dejó como legado el concepto de que una ciencia es incompleta sino contribuye para que la humanidad viva mejor. Por tal razón expresó: “Y cómo no pensar esto aún más vivamente cuando nos referimos a la historia que, según se cree, está destinada a trabajar en provecho de la humanidad, ya que tiene como tema de estudio al hombre y sus actos”²⁵.

Tan profundo pensamiento nos obliga a una madura reflexión respecto a la labor cumplida y a la que nos reclama nuestro rol fundamental como historiadores y formadores de la juventud en la universidad, escenario primordial de nuestra vida académica y de nuestra misión como sembradores de interrogantes para quienes ahora, desde su condición de estudiantes, deben asumir el reto de mantener la verdad y la ética en el estudio científico de la Historia.

El pasado de los hombres organizados históricamente es el objeto de estudio del historiador. No importa que las sociedades se asienten en nichos espaciales de orden mundial, continental, regional o local; o desarrollen sus actividades y establezcan relaciones perdurables con manifestaciones coherentes y particulares, en ritmos temporales propios y específicos. En esas parcelas o dimensiones espaciales de diferentes magnitudes, el historiador debe buscar reconstruir, interpretar y explicar los hechos en el pasado del hombre social. Ciertamente, a ese “proceso de investigación en el pasado del hombre en sociedad”, es la definición que el historiador Edward Hallet Carr (1892), hace del término Historia²⁶.

Para el historiador la coordenada tiempo constituye motivo esencial de reflexión, pues es precisamente el tiempo la categoría que nos diferencia del resto de las Ciencias Sociales y, definitivamente, es la maestra para el abordaje del tiempo y a través del tiempo; es por lo que debiéramos caracterizarnos porque nos proporciona originalidad metodológica. El acercamiento a cualquier objeto de estudio lo hacemos en función de lo temporal, seguros de que en sus expresiones encontraremos el pasado; ese pasado que hoy también es reciente y que acude a nuevas fuentes de conocimiento y a su propia metodología.

El historiador francés Fernando Braudel, continuador de la Escuela Historiográfica de Marc Bloch y Lucien Febvre, insistió, como sus predecesores, en el concurso de todas las ciencias sociales y estableció la existencia de tiempos distintos en la historia²⁷. El mismo Braudel afirmó que una historia más completa debe tener en cuenta los tiempos: corto, medio y largo, ocupándose de las oscilaciones cíclicas y dividiendo el pasado en secciones amplias. Por ello, asevera que la labor del historiador consiste en la reconstrucción de tiempos y órdenes diferentes para constituir la unidad de la vida²⁸. No obstante, él mismo planteaba que el conocimiento profundo de una civilización se logra a través de la investigación de las estructuras, a la que define como una realidad perdurable en varias generaciones y creadora de modelos explicativos.

Por su parte, Raymond Aron (1905-1983), profesor de La Sorbona, analizando los factores objetivos y subjetivos que intervienen en la elaboración del conocimiento histórico (preocupación que mantiene el historiador contemporáneo), establece que lo más cercano a la objetividad en la Historia, es el uso de la metodología. También dice que la posición del historiador frente al pasado (reconocida como su filosofía personal), es la pauta por la escogencia del tema, y plantea sus interrogantes; es al final, la que determina “la elección del sistema de pensamiento, en función del cual va a reconstruir y, según cree, a explicar el pasado”²⁹. Igualmente, para el mismo Aron, el éxito de la disciplina histórica ha estado en aporte de los especialistas, hecho que a su vez ha determinado la pérdida de la unicidad de la historia, producto de esa gran diversidad de estudios que tratan sobre períodos cortos o un aspecto del pasado.

También existen criterios de la historia provenientes desde la filosofía de la ciencia. Su máximo representante es Karl Popper, quien afirma que es imposible la existencia de una historia del pasado, “tal y como realmente ocurrió”, porque cada historiador o grupo de historiadores, pueden tener diversos puntos de vista acerca de un mismo fenómeno o hecho histórico; por consiguiente, solo pueden existir “interpretaciones de la historia”, no siendo ninguna de estas definitiva, porque “cada generación tiene derecho a crear sus propias interpretaciones”³⁰. Agrega Popper que al no ser posible este tipo de historia, hablar o escribir acerca de una Historia Universal “no tiene ningún sentido” debido a que, por razones obvias, no es posible la existencia de una historia única de la humanidad³¹.

Este elemento complejo que caracteriza a las sociedades es lo que también dificulta la imposibilidad de aplicar el método de investigación de las ciencias naturales, a las ciencias sociales, específicamente a la historia, en consecuencia, no es posible crear leyes o patrones históricos, a través de los cuales pueda predecirse el futuro. Popper se apoya en el hecho flexible del comportamiento humano que impide la elaboración de leyes científicas de aplicabilidad social, porque las sociedades y los seres humanos están en permanente cambio; al no existir un patrón de actuación que sea constante en el

23 Sobre ello véase a: Jacques Le Goff y Pierre Nora: Hacer la historia, Vol. III, Editorial LAIA, Barcelona, 1974 y del mismo autor: El orden de la memoria: El tiempo como Imaginario. Paidós Ibérica, Barcelona, 1991.

24 Marc Bloch. Introducción a la Historia. Fondo de Cultura Económica. México, 1987.p.14.

25 Idem.

26 E.H. Carr. Qué es la Historia. Ciencias Humanas, Seix Barral, Barcelona, 1978. p.64.

27 Esta concepción sirve de fundamento a su obra: El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la Época de Felipe II. 1949. De acuerdo a Braudel hay un tiempo corto que es el de los acontecimientos, un tiempo medio que contempla la duración de las sociedades y civilizaciones que se desenvuelve a un ritmo más lento que el primero; pero hay la historia que denomina estructural que es aquella que se ocupa de períodos muy largos con expresiones muy lentas. Un ejemplo de la historia estructural podría ser la historia de la economía, ya que en ella cabría estudiar oscilaciones cíclicas dilatadas y fraccionar el pasado en cortes extensos.

28 Al respecto véase su obra: Fernand Braudel. La Historia de la Ciencias Sociales. Madrid, 1974.

29 Véase el capítulo “Relativismo en la Historia” en su obra: Filosofía de la Historia”. Introduction à la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique. Thèse principale pour le doctorat ès lettres présentée à la Faculté des lettres de l'Université de Paris. Paris: Gallimard 1938. También: Essai sur la théorie de l'histoire dans l'Allemagne contemporaine. La philosophie critique de l'histoire. Thèse complémentaire pour le doctorat ès lettres présentée à la Faculté des lettres de l'Université de Paris. Paris: Vrin 1938 y Leçons sur l'histoire. Ed. fallois, 1989

30 Karl Popper: La responsabilidad de vivir. Escritos sobre política, historia y conocimiento, ediciones Paidós, Barcelona, España, 1995, p. 160.

31 Ibidem, 161 y ss.

tiempo, entonces no es posible planificar un desarrollo histórico predecible³².

Con estos criterios y antecedentes es importante hacer un descanso en nuestro quehacer histórico para examinar lo que hemos hecho y evaluar lo que hemos logrado, nuestras carencias, eficiencias y fallas. Solo así podríamos remediar y delinear nuevas metas y estrategias. Es un verdadero desafío hacer un recuento del estado actual de nuestra disciplina, de su proyección, inclusive de su trascendencia como quehacer científico.

Otro de los desafíos actuales de nuestra disciplina y que no se puede obviar es la necesidad urgente de ampliar y profundizar el debate acerca de los propios temas epistemológicos. La reflexión teórica relegada ha motivado críticas postmodernas. La noción de progreso que, como se ha señalado, es la base común de los paradigmas historiográficos desde su creación en el siglo XVIII y se atribuye su decadente papel en la cultura occidental.

También es un verdadero reto de la historia deliberar respecto a su función social, para dilucidar cuál debe ser nuestra contribución y lo que la sociedad nos exige. Necesitamos concretar su significado y pertinencia social porque precisamos de una historia cercana a los problemas que nos agobian, a nuestras preocupaciones cotidianas. Para ello es imperioso establecer una vinculación activa y real entre el presente y el pasado, una historia que atienda las cuestiones que el presente le plantea al pasado. Definitivamente, debemos centrarnos en el estudio de situaciones concretas con repercusión efectiva en la sociedad presente, tales como el requerimiento de identidad y pertenencia comunitaria que demanda el posmodernismo y la escalada de la globalización. Obviamente, es trascendental definir la historia que debemos hacer y abordar, los problemas de nuestra realidad que debemos enfocar, en fin, darle un sentido del que tiene a la investigación histórica.

Como le ha preocupado al historiador John Elliot para el caso catalán (el regionalismo histórico), los dirigentes políticos, adaptándolas a sus intereses partidistas en que una generación esté asimilando una historia desfigurada. En consecuencia, es un verdadero desafío desmitificar la historia, por lo que nos corresponde enfrentar, tal como lo señala Hobsbawm, la gestación de mitos, tan favorecida en estos tiempos. Esa inquietud hace presente el desafío que tenemos de replantearnos para quién escribimos, pues debemos reconocer que investigamos y escribimos para nuestros colegas; y, por qué no llegamos a la comunidad, a colegios y escuelas? Es una inquietante preocupación. Como bien lo propone Luis Manuel Cuevas: “Si la sociedad se siente a la deriva y en busca de nuevas creencias, nuestro deber como historiadores, señaló yo, debe ser el enfrentar con el poder de la escritura y la palabra, como recomendaba Michel de Certeau al poder reptante y perverso que crea las condiciones de tal zozobra”. Y añade que solo la conciencia de la comunidad interpretativa y activa en la realidad nos puede permitir ganar esos espacios perdidos, ya por olvido o más bien descuido de nuestra función social.

Asimismo, es beneficioso contemplar el problema ético en nuestro quehacer como historiadores, aspecto central para otras ciencias, tal como el de la vida, la salud y el ambiente, no obstante, no ha constituido preocupación para la historia. En ese sentido podríamos señalar el propio problema ético que se confronta como historiador ante sí mismo, sus convicciones religiosas, políticas, morales, entre otras. Lo anterior se complementa con la honorabilidad del historiador que como bien lo señala el filósofo británico, William Henry Walsh, reconoce la exigencia de alguna forma de objetividad y de ecuanimidad en su trabajo y “..distingue la historia de la propaganda y condena a los escritores que permiten que sus sentimientos y sus prejuicios personales afecten a la reconstrucción del pasado como malos trabajadores que no conocen su oficio”³³. Igualmente, la responsabilidad con las fuentes de información y el manejo de los datos. A propósito de las fuentes es necesario desafiar el surgimiento de soportes diferentes y recursos novedosos a partir de las nuevas tecnologías que nos superan, por su torrente innovador y que impone a nuestra disciplina recurrir con pleno conocimiento. Como bien se afirma, estamos alfabetizados en el mundo textual clásico y nuestro método de trabajo, pero no estamos totalmente alfabetizados en lo digital.

Para terminar, quiero manifestar mi más íntimo y sincero deseo que ustedes que están seguramente por experimentar, o ya viviendo la experiencia de la tesis, logren los mejor frutos de esa labor investigativa y los invito a reflexionar sobre lo que he expuesto y a trabajar con honestidad los datos y ese cúmulo de fuentes documentales, escritas y orales, materiales e inmateriales, guardianas de nuestra identidad, depositarias de nuestro pasado histórico y, por tanto, patrimonio cultural³⁴. Allí encontrarán una diversidad de temas y una riqueza informativa que les garantizará buena parte del éxito. Finalmente, mis agradecimiento por permitirme experimentar la emoción que este evento me ha proporcionado.

Muchas Gracias.

32 Para estos y otros temas desarrollados por Popper con respecto a la historia, ver Karl Popper: Conocimiento objetivo, Tecnos, Madrid, España, 2007, p. 207 y ss.; 223-226; 335 y ss.

33 W.H.Walsh: *Introducción a la Filosofía de la historia*, (octava edición en español), Siglo XXI editores, s. a., México, 1978, p. 17.

34 Al respecto véase el trabajo de: Morella Barreto. Patrimonio cultural y memoria. Un nuevo (viejo) campo de la historia. En: José Ángel Rodríguez (Compilador) Visiones del oficio. Historiadores venezolanos en el siglo XXI. Academia Nacional de la Historia. Comisión de Estudios de Postgrado-FHE. Fondo Editorial de Humanidades y Educación. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 2000. pp. 233-243.